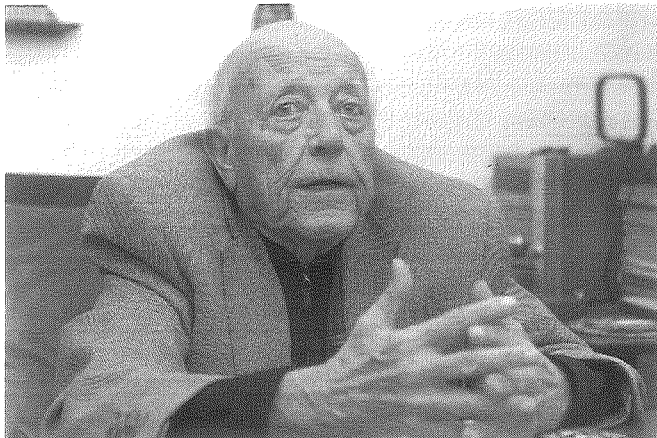


SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS / «COSAS QUE NO SE PUEDEN DECIR EN UN ENSAYO»: JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, NARRADOR (*)

José Jiménez Lozano, tristemente desaparecido hace unos meses, en más de una ocasión rechazó para sí la etiqueta de «novelista», confesando sentirse más cómodo con la de «escribidor». Esta postura responde, por un lado, a un recato intelectual del que Miguel Delibes aseguró que hasta le «hacía dudar de sí mismo». Por otro, la curiosa preferencia de Jiménez Lozano a la hora definirse como creador literario se explica también por la forma en la que concebía la construcción de sus narraciones:



José Jiménez Lozano

Una narración no se construye como se construye un ensayo; una narración se le regala al narrador cuando ha trabajado honestamente en ella, una narración se ve y se escucha en los adentros y, cuando se está escribiendo, se tiene la sensación de ser solamente el amanuense (Jiménez Lozano, 2003: 99).

Ahondar en las circunstancias en las que se gestó la primera obra de ficción que publicó Jiménez Lozano, *Historia de un otoño* (tercera finalista del Premio Nadal 1969 e impresa en 1971), ayuda a entender los orígenes de su particular «poética de la narración» y, más concretamente, cómo llegó a la novela un intelectual de treinta años cuya apuesta profesional hasta ese momento se centraba en el artículo periodístico y el ensayo religioso. Si Miguel Delibes, quien apreciaba su talento, le animaba a estrenarse en la escritura creativa, no menos decisivo fue el respaldo que recibió de Josep Vergés, cofundador del semanario *Destino* y de la editorial barcelonesa homónima, con quien le había puesto en contacto su mentor, jefe y amigo en *El Norte de Castilla*. En diversos epistolarios se espigan referencias que arrojan luz sobre cómo surgió la voz narrativa de quien obtendría el Premio Cervantes en 2002, una voz tan personal como desconectada del panorama literario de la España de los años 60.

José Jiménez Lozano (1930-2020) había empezado a colaborar con *El Norte de Castilla* en 1956 y, desde finales de esa década, firmaba una sección semanal titulada «La Ciudad de Dios». Muy pronto, Miguel Delibes, que dirigía el periódico, quedó convencido de la solidez intelectual de su amigo, su catolicismo de amplias miras y sus posibilidades como escritor. De ahí que confiara en él para cubrir, en 1963 y 1964, varias sesiones del Concilio Vaticano II para el diario de Valladolid (Louzao Villar, 2017). Aparte de redactar diversas crónicas sobre el concilio, durante sus estancias en Roma Jiménez Lozano concibió un libro seminal en su trayectoria, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, en el que, fuertemente influido por

Américo Castro, asociaba la intransigencia católica española contemporánea con la visión casticista de la religión propia del cristiano-viejo.

En 1964, y dentro de este contexto, Miguel Delibes, aprovechando sus vínculos profesionales y de amistad con Josep Vergés, decidió recomendarle a José Jiménez Lozano por partida doble. Por un lado, como firma habitual sobre temas de religión para la revista *Destino*;

por otro, le sugirió que la editorial homónima publicara el libro sobre la libertad religiosa en el que trabajaba el periodista por encargo de Nova Terra. «Hablé con Jiménez Lozano, quien te enviará enseguida los primeros artículos. Será un buen fichaje para *Destino*», le escribe Delibes a Vergés el 28 de junio de ese año (Delibes-Vergés, 2002: 224). Y quince días más tarde (el 14 de julio), le añade: «José Jiménez Lozano te enviará sus primeros artículos. Le ilusionó contar contigo para la edición del libro que prepara. Yo me siento satisfecho de haberte conectado con un hombre que dará que hablar. Y mucho» (Delibes-Vergés, 2002: 225). A partir de aquí, las cosas fueron rápido: Jiménez Lozano estrenaba su sección en *Destino*, titulada «Cartas de un cristiano impaciente», ese mismo agosto. Sus sucesivas entregas entusiasmaron tanto a Vergés que, cuando Delibes le encomendó a otro periodista de su entorno, César Alonso de los Ríos, quien compartía con el primer recomendado «la experiencia del seminario», el empresario le contestó que, si fuera de la categoría de Jiménez Lozano, lo contrataría, pero que daba por sentado que como este habría pocos. «Este chico vale mucho y es uno de tus grandes descubrimientos, que mucho te agradezco» le dirá en otra carta (Delibes-Vergés, 2002: 250-251; 259).

Josep Vergés coincidía con Delibes en apreciar no solo la incuestionable personalidad de la prosa de Jiménez Lozano, sino también sus profundos conocimientos de temas de Iglesia y religión, que abordaba con mentalidad abierta y considerable tacto. La primera carta que se conserva de Jiménez Lozano a Vergés —del 17 de diciembre de 1965, recién llegado a su domicilio en Alcazarén (Valladolid) desde Roma— deja patente que estaba al cabo de la calle de los entresijos de un concilio que interesaba mucho en España. Y prueba de ello es la misma obra que estaba escribiendo entonces Delibes, *Cinco horas con Mario* —dedicada, por cierto, a Jiménez Lozano por haberle inspirado rasgos del protagonista—, la cual se ha leído como una novela «sobre el impacto que tuvo el Concilio en la sociedad española y, más concretamente, en el seno de una familia burguesa de Valladolid» (Buckley, 2012: 131).

(*) Este artículo se inscribe en el marco del proyecto I+D, *Epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936* (PGC2018-095252-B-I00).

Entre las cuestiones que el Concilio ponía de actualidad, destacaba la de la libertad religiosa, justo el asunto del ensayo en el que se había embarcado Jiménez Lozano. Si bien la declaración de libertad religiosa se retrasó en Roma hasta diciembre de 1965, desde hacía meses era un tema candente en España, puesto que hacía tambalearse los mismos pilares del nacionalcatolicismo. Hasta el mismo Franco se había referido a ella en su discurso de Navidad de 1964. En 1965, Josep Vergés intuía una oportunidad editorial con este título de Jiménez Lozano, gemelo de la novela que redactaba Delibes y que también publicaría Destino al año siguiente. Al sagaz empresario no se le escapaba, sin embargo, que, vigente aún la censura previa, se trataba de un libro susceptible de acarrearle algún conflicto: a finales de julio, le comentó a Delibes que, a pesar de la alta consideración en la que tenía a su autor, no mandaría componer *Meditación española sobre la libertad religiosa* hasta que el mecanoscrito hubiera pasado la censura, pues temía que se prohibiera «en su totalidad» (Delibes-Vergés, 2002: 259).

Dado el apasionado debate que suscitaba en España la declaración de libertad religiosa, las preocupaciones de Vergés no eran infundadas. El propio Jiménez Lozano le había desvelado a Jorge Guillén cómo había escrito este ensayo: «[con] esas infinitas matizaciones y esos infinitos miedos a los distintos santos oficios...» (Jiménez Lozano, 1967). No obstante, las infinitas matizaciones y cautelas surtieron su efecto y el libro, al final, pasó tanto la censura eclesiástica como la civil, que solo tachó unas palabras. Aun así, estando el libro a punto de salir a la venta, Jiménez Lozano, temeroso de la controversia, todavía le rogaba a su editor una solapa «muy gris en el sentido personal y en el específicamente religioso [...] y que deje muy claro que no es un libro polémico, sino un simple aporte» (2 de septiembre de 1966).

Jorge Guillén le sugirió a Jiménez Lozano que le enviara *Meditación española sobre la libertad religiosa* a uno de los autores que más citaba y que más le había inspirado, Américo Castro. Este, que era ateo, valoró sobremanera que un intelectual católico se sirviera de sus tesis sobre la «Edad Conflictiva» y el casticismo cristiano-viejo para explicarse la intolerancia religiosa española del siglo XX. A través de un fluido intercambio epistolar y varios encuentros en Valladolid y Madrid, se consolidó una sincera amistad basada en la admiración mutua y que se prolongaría hasta la muerte de Castro en 1972. En este clima de confianza, Jiménez Lozano se atrevió a contar a don Américo, a quien consideraba un maestro, sus insatisfacciones como periodista. Después de la entrada en vigor de la Ley de Prensa de 1966, que había eliminado la censura previa, las aprensiones seguían siendo idénticas a las que confesaba a Jorge Guillén haber experimentado con *Meditación española sobre la libertad religiosa*:

Pues aquí me tiene, con el ánimo un poco ensombrecido, porque, además, la profesión periodística es aquí prácticamente imposible al tener que escribir lleno de miedos, de reticencias y de inhibiciones, en medio de un confusionismo mental atroz: los unos llaman a Hitler a estas alturas defensor de la civilización cristiana (1 de junio de 1968; Castro-Jiménez Lozano, 2020).

En una interesante carta inédita de Jiménez Lozano a Vergés, datada el 3 de octubre de 1969, se constata que, en efecto, el periodista sabía muy bien cómo funcionaban las censuras civil y eclesiástica ante textos sobre Iglesia y religión. En esta misiva, Jiménez Lozano res-

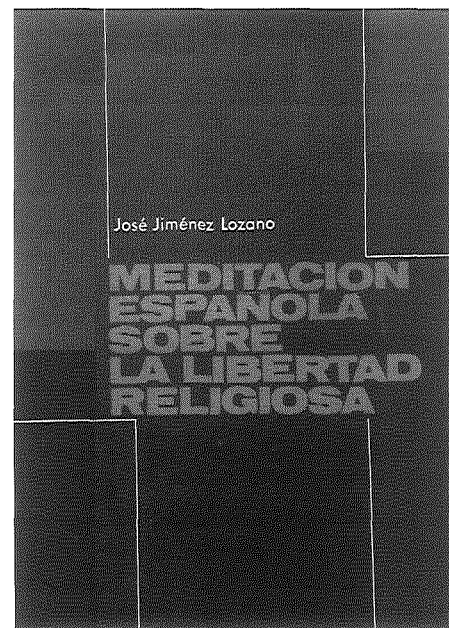
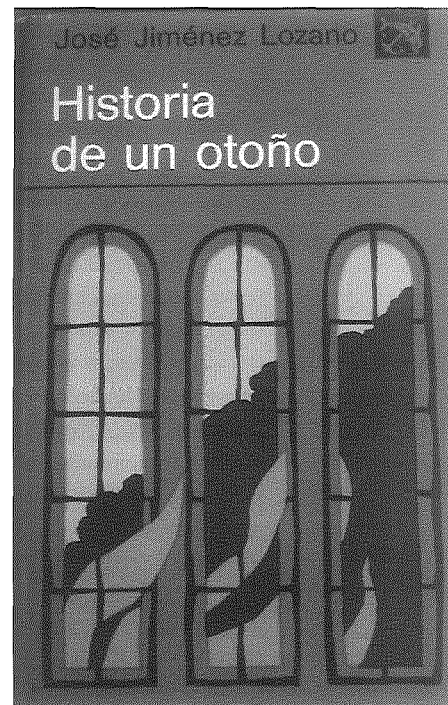
ponde a una consulta del editor sobre la novela *Sede vacante* del exsacerdote Eduardo García, finalista del Premio Nadal 1968 y que no vería la luz en Destino hasta 1975. Aunque en 1969 se habían llegado a imprimir galeras, el libro no salió a la calle por problemas de censura y Vergés, en el contexto de la Ley de Prensa, sondeaba la opinión de Jiménez Lozano, quien se mostró enteramente franco:


Claro que la novela sería un éxito seguramente por lo que tiene de plato fuerte y de documento y alegato, como antes le decía, pero creo que, aun si el censor hubiera sido ciego y la hubiera pasado con ciertos arreglos, se hubiera armado buen lío y hubiera tenido Vd. disgustos con la Iglesia y con el Estado: recogida segura por el Tribunal de Orden Público. Menos violenta que esta requisitoria era el libro de Arbeloa sobre catolicismo español y han ordenado que se destruyera, como se ha hecho.

En su informe a Vergés, más que en cuestiones literarias, Jiménez Lozano pone el acento en cómo *Sede vacante* aborda aspectos de la Iglesia católica española coetánea, terreno que le apasionaba y en el que se movía con soltura. Ahora bien, no deja tampoco de entrar en consideraciones de tipo formal, y opina, por ejemplo, que no le agrada un diseño de personajes poco matizados y maniqueos. Su observación más relevante la reserva para la conclusión: «Quizás mañana para los mismos historiadores de la Iglesia de este país, *Sede vacante* fuese un testimonio muy valioso para juzgar un estado de espíritu. Esperemos, por lo menos, que encuentren estas pruebas [de imprenta]».

Cuando Jiménez Lozano imagina cómo historiadores del futuro leerían la novela, está desvelando al mismo tiempo cómo la ha leído él mismo. En este sentido, valorar una ficción como reflejo de «un estado de espíritu» evidencia que Jiménez Lozano ha hecho enteramente suya la perspectiva con la que el Américo Castro historiador se acercaba a los textos literarios, circunstancia también patente en *Meditación española sobre la libertad religiosa*, en numerosas piezas periodísticas y, por supuesto, en la correspondencia que se cruzan ambos. Más en concreto, dos conceptos americocastros clave, «morada vital» y «vividura», resultarán fundamentales para Jiménez Lozano. Frente a la historiografía basada en cifras y datos eruditos, lo

S. LÓPEZ-RÍOS /
«COSAS QUE NO
SE PUEDEN
DECIR EN UN
ENSAYO...»



 S. LÓPEZ-RÍOS /
«COSAS QUE NO
SE PUEDEN
DECIR EN UN
ENSAYO...»

que, en verdad, subyugará al escritor de Alcazarén será sondear las circunstancias y vivencias de los autores pretéritos, así como estudiar de qué manera estas se plasmaban en unas obras que convenía leer entre líneas. Ahora bien, lo fascinante y particular en el caso de Jiménez Lozano radica en que esta manera de entender (y vivir) la historia y la literatura hará, además, germinar su propio talento creativo y devendrá en un efectivo catalizador de su estreno como novelista. Asimismo, cultivando la novela, se liberará de los miedos que le constreñían en el ejercicio del periodismo y como escritor de ensayo religioso en la España de los años 60, según le comentaba a Jorge Guillén, Américo Castro o Josep Vergés. La correspondencia con estos dos últimos en torno al jansenismo e *Historia de un otoño*, su primera novela, que trata precisamente sobre este asunto, lo evidencia.

Como historiador de la Iglesia, Jiménez Lozano siempre mostró notable curiosidad por este movimiento religioso que desde Francia se extendió por Europa a partir del siglo XVII y terminó siendo condenado como una herejía. La Iglesia católica consideró inadmisibles unas tesis que, alineadas de manera peligrosa con el protestantismo, ponían el énfasis en la predestinación frente al libre albedrío. El símbolo del jansenismo fue el monasterio femenino francés de Port Royal des Champs. *Historia de un otoño* narra cómo, a principios del siglo XVIII, Luis XIV mandó arrasarlo y dispersó a sus monjas por diversos monasterios, después de que estas se negaran a firmar un formulario desvinculándose de las tesis teológicas jansenistas. Jiménez Lozano no ahondará en el núcleo teológico del jansenismo, sino que se fijará en aspectos colaterales del mismo (Blaise Pascal, por ejemplo, que escribió sus *Lettres Provinciales* en Port Royal) y vinculados a su desarrollo histórico. De hecho, el sintagma «el jansenismo de Jiménez Lozano» debería ir siempre entre comillas. El autor más bien se construye una especie de jansenismo literario, en el que cabe hasta el gesto pícaro: una inscripción en un muro de su casa en el olvidado pueblo vallisoletano de Alcazarén reza «Petit Port-Royal».

Por sus cartas a Américo Castro, sabemos que el embrión de *Historia de un otoño* fueron unos *Diálogos jansenistas* que Jiménez Lozano tenía terminados ya en primavera de 1968 y que había escrito «para desahogar[se] un poco» (1 junio de 1968) (Castro-Jiménez Lozano, 2020). El verbo al que recurre demuestra que llega un momento en el que parece como si comenzara a «convivir» con los autores y personajes de las obras que lee y estudia, imaginando sus voces y divagando sobre sus pensamientos y existencias, dada la familiaridad derivada de tan intenso trato. Permite intuir, en otras palabras, cómo las indagaciones eruditas, a partir de un punto, no sirven para canalizar la efervescente cavilación del escritor castellano y los sentimientos que esta provoca. Al hablar de «desahogarse», Jiménez Lozano alude a una ficción que está viendo y escuchando en sus «adentros», parafraseando las palabras a las que recurrirá, treinta años más tarde, para dar cuenta de «Por qué se escribe».

La sincera y modesta carta de Jiménez Lozano a Vergés del 9 de enero de 1970, al enterarse de que ha sido el tercer finalista del Premio Nadal por decisión de un jurado formado el propio Vergés, Néstor Luján, Juan Ramón Masoliver, Antonio Vilanova y Rafael Vázquez Zamora, proporciona más detalles sobre cómo germinó esta novela. De entrada, revela que Miguel Delibes no solo animó a su amigo a transformar los *Diálogos jansenistas* en algo de mayor envergadura, sino que también le insistió en que se presentara a dicho premio, quizás consciente de cómo, dos décadas antes, este galardón le había cambiado a él mismo la vida. «Le envié ese libro porque Miguel se

puso pesado. De otro modo, quizás lo hubiera rehecho por entero o quizás hubiera ido a parar al cajón», le asegura al editor catalán, aunque no descartemos que también hubiera funcionado como acicate para el escritor de Alcazarén ver que una novela de temas de Iglesia, escrita por un exsacerdote, Eduardo García, se colocaba entre las finalistas del Nadal de 1968. De hecho, Jiménez Lozano concluye su carta acerca de *Sede vacante* anunciando a Vergés que le ha enviado *Historia de un otoño*, si bien insistiendo que fue «más a instancias de Miguel Delibes que por propia iniciativa» (3 de octubre de 1969). Desde luego, el autor de *Cinco horas con Mario* siempre pensó que Jiménez Lozano merecía dicho premio. En agosto de 1979, volvía a recomendarlo a Vergés, proponiéndole, en este caso, la candidatura de *Vela y velorio de Julito Lorenzana*:

Creo que Jiménez Lozano te ha enviado su novela *Vela y velorio de Julito Lorenzana*, libro que a mí me ha gustado mucho y que coincido podría ser un buen candidato para el Nadal. Creo que si mis libros, con sus pequeños dramas de la primitiva Castilla, son bien acogidos, también lo sería este que, después de todo, ahonda en lo mismo, inagotable filón. Dime qué piensas tú sobre ello. Jiménez Lozano no ha tenido hasta ahora suerte como narrador y creo que ya va siendo hora puesto que, indudablemente, la merece. (Delibes-Vergés, 2002: 452)

En una breve semblanza inédita que redactó con motivo del Premio Cervantes de su amigo, Delibes resaltó entre sus méritos que «estuvo a punto de ganar el Nadal varias veces por los años 60» (Delibes, 2002).

Construir *Historia de un otoño* partiendo de los *Diálogos jansenistas* debió de ocuparle a Jiménez Lozano varios meses a lo largo de 1969: «Me conozco y me di un plazo fijo: la fecha de presentación del Nadal me obligaba a trabajar y me puse a hacerlo», le escribe al editor de Destino. Otro aspecto fundamental de esta carta es que pone de manifiesto que Jiménez Lozano no llega a la escritura creativa desde la teoría literaria sino desde una amplia experiencia como lector de novelas o de cultivar el trato con otros novelistas, exceptuando a Delibes, según evidencia la estructura, la forma y el tema de *Historia de un otoño*, verdaderamente atípica en el panorama novelístico del momento. Si el informe de Jiménez Lozano sobre *Sede vacante* dejaba entrever que la crítica literaria no era lo suyo, aún más explícita es una confesión epistolar a Américo Castro: «tengo «manía» a los estudios de crítica literaria, porque, en general, me parecen «camelos» y ayudan poco o nada, y hasta desayudan para comprender mejor a una obra o a un autor» (23 de junio de 1968; Castro-Jiménez Lozano, 2020). Una espontaneidad parecida exhibe con Vergés en enero de 1970, con quien comparte que la decisión del jurado del Premio Nadal le ha sorprendido de manera significativa tanto a él como a su entorno:

Para mí ha sido un buen regalo de Reyes, aunque no me enteré del fallo hasta el día siguiente, por la prensa. Me reí un poco y los amigos que saben que raramente leo una novela y que «no he podido» con *Cien años de soledad* —prefiero a Cunqueiro o a *Alfanhuí* en este estilo imaginativo y me gustan mucho— me están tomando un poco el pelo.

Además, con su modestia habitual, trata de rebajar su logro:

No sé si Vd. me va conociendo un poco, aunque sea así, a distancia, pero se lo digo con toda sinceridad y con todo afecto. A lo mejor, un día le hablo más despacio de *Historia de un otoño*, pero, de momento, le diré que me da un poco de apuro. Creo, efectivamente, que es el colmo enviar a un jurado de novela una «novela» o una antinovela. Desde luego, no es que yo sea un técnico —ya está claro— en esto de las novelas, ni me ha preocupado nunca, pero me doy perfecta cuenta de cuándo una novela es «redonda» o se queda «pícuca». Vd. me entiende.

[...] Sin disculparme de mi inhabilidad, está claro, además, que necesitaba, incluso gramatical y sintácticamente, un par de reparos. Creo que no corregí ni los «los» y «les» y «las». Me ocurrió, por otro lado, que saqué dos capítulos, rompí la acción con historias laterales, al quedarme sin esos capítulos, lo que se decía en ellos tuve que trasladarlo un poco discursivamente —o un mucho— a la cabeza del cardenal y era consciente de que esa historia quedaba bastante deslavazada. Miguel mismo me hizo observaciones muy concretas, pero me pidió que no corrigiera nada. Y como mi intención no era ni es la de ser moralista, me dije: si el libro vale algo empero de humanidad y como revelador de algún extremo de la condición humana, además de como planteamiento de un drama religioso, pues ahí quedará y servirá para algo. Aunque muy a gusto le hubiera dado un par de meses más de trabajo.

Quitándose méritos por *Historia de un otoño*, hará una declaración fundamental en tanto que descubre qué le ha llevado, en verdad, a la novela: «No obstante, me esforzaré por aprender a escribir novela mejor, aunque solo sea para poder decir cosas que no se pueden decir en un ensayo». ¿A qué se refiere el escritor de Alcazaren cuando afirma que el género novelístico para él es el óptimo para «decir cosas» que no queda más remedio que silenciar en un ensayo?

Obviamente, esta afirmación debe entenderse vinculada al único mérito que, si acaso, concedería a su libro: el ser «revelador de algún extremo de la condición humana», todo lo cual responde, en definitiva, al apego de Jiménez Lozano por la mirada americocastriata al hecho histórico y al literario. *Historia de un otoño* es, ante todo, una historia de «vividuras»: aquí no interesa la exposición de datos, de hitos sucesivos contados desde arriba en un ensayo historiográfico, sino el drama íntimo vivido por unas monjas humildes cuya libertad de conciencia intentan conculcar Luis XIV y la Iglesia de Francia. En *Historia de un otoño*, y en definitiva en toda la obra de Jiménez Lozano, Port Royal hay que entenderlo como un símbolo gracias al que aborda temas para él esenciales: el respeto a la libertad de conciencia; la importancia de pensar —o cavilar, usando una palabra muy suya— para ser plenamente humanos; o cómo identificar la religión con la política desvirtúa la naturaleza del cristianismo para convertirse en un poder controlador y azote de conciencias, en lugar de permitir que este sea una experiencia espiritual vivida de forma auténtica y basada en la caridad. Y ciertamente, hablar de estas cosas en la España de fines de 1960, donde había verdaderos enemigos del Concilio Vaticano II, no era tan fácil. Si Jiménez Lozano le había dicho a Américo Castro que como periodista escribía «llo de miedos» y a Jorge Guillén que se veía obligado a «infinitas matizaciones» frente a los «distintos santos oficios», con Vergés, en cambio, se muestra aliviado de haber descubierto el espacio de libertad expresiva que le brinda la novela. Como declarará en una entrevista, para él el jansenismo, el

tema de *Historia de un otoño*, era «más que nada un talante, y un talante de rebeldía, de incordio, un talante de defensa de la autonomía personal» (Cabestrero, 1973: 20).

Y esto no se le escapaba tampoco a Josep Vergés, quien, al poco de fallarse el Nadal de 1969, le comentaba a Delibes que, frente a lo que le decía el autor de *Cinco horas con Mario*, no consideraba necesarios cambios en *Historia de un otoño* para publicarla. Convencido del hueco que podría ocupar el nuevo novelista en el mercado editorial, deseaba sacar el libro cuanto antes:

Con el libro de Lozano te debo una explicación. Primero te dije que no entraba porque un par de jurados extrañados no lo admitían, pero luego la opinión de los restantes fue netamente favorable. Pienso que en un libro como este es lógico que haya criterios dispares, y prueba tanto la calidad del libro como su interés polémico. Es posible que no sea una novela bien construida —yo ya me pierdo en esto— pero difícilmente podrían hallarse unas páginas escritas con más inteligencia y erudición. Yo no me atrevería a sugerir nada y se lo dejaría a él, que lo revise por encima y no lo torture más. Nos exponemos a quedarnos sin libro, si le damos demasiados consejos; deja que la monja muera cuando buena mente pueda. Lozano es ya el primer polemista católico del país y hay que animarlo por el camino de la novela, donde tiene un campo único, y posiblemente brillante. Que me mande el libro pronto (Delibes-Vergés, 2002: 345).

En cuanto el libro apareció a principios de 1971, una de las primeras personas a las que se lo hizo llegar Jiménez Lozano fue a Américo Castro, quien en la carta de acuse de recibo y felicitación mostró haber entendido que en *Historia de un otoño* su amigo no se limitaba solo a recrear un episodio de la historia de la Iglesia francesa, sino que entraba en asuntos de gran calado con una mirada tolerante poco frecuente en España. De ahí que termine diciéndole: «su obra de amplitud espiritual es muy necesaria en un país tan poco interesado en *convivir*». En otras palabras, comprendía perfectamente que Jiménez

S. LÓPEZ-RÍOS / «COSAS QUE NO SE PUEDEN DECIR EN UN ENSAYO...»



Miguel Delibes



Josep Vergés y Josep Pla en Londres



Américo Castro

H
Los 60

☞
S. LÓPEZ-RÍOS /
«COSAS QUE NO
SE PUEDEN
DECIR EN UN
ENSAYO...

Lozano con esta novela volvía al tema de la libertad de conciencia, pero de una forma bien distinta a como lo trataba en ensayos y crónicas periodísticas.

El que Castro apreciara también a Jiménez Lozano como novelista (aprecio que sabemos que era totalmente sincero, pues don Américo también le elogió *Historia de un otoño* a Delibes) debió de estimular al escritor de Alcazarén a continuar con sus proyectos narrativos. La «fiebre creadora» en la que Delibes veía a Jiménez Lozano a principios de 1970 (Delibes-Vergés, 2002: 246) no solo se tradujo en concluir la revisión de su primera novela en poco tiempo, sino también en terminar otras dos que Destino publicaría en años consecutivos, *El sambenito* (1972) y *La salamandra* (1973), en las cuales fabula sobre dos temas (la Inquisición y el anticlericalismo durante la Guerra Civil, respectivamente) acerca de los que, «lleno de miedos», había disertado en su ensayo *Meditación española sobre la libertad religiosa*. Lo de menos era que se le resistiera el Premio Nadal a quien siempre se consideró mero «escribidor».

Partiendo del sustrato teórico de la visión de la historia de España propugnada por Américo Castro, contando con su reconocimiento intelectual, así como con el de su amigo Miguel Delibes, a quien admiraba como escritor, y sintiéndose respaldado por la prestigiosa editorial Destino, Jiménez Lozano había encontrado ya su voz personal en la novela. Y se sentía cómodo en un mundo donde no había problemas de libertad de conciencia, y en un género en el que, como le confesaba con entusiasmo a Vergés en enero de 1970, podía revelar cosas que nunca podría haber dicho en un ensayo.

S. L.-R.—UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

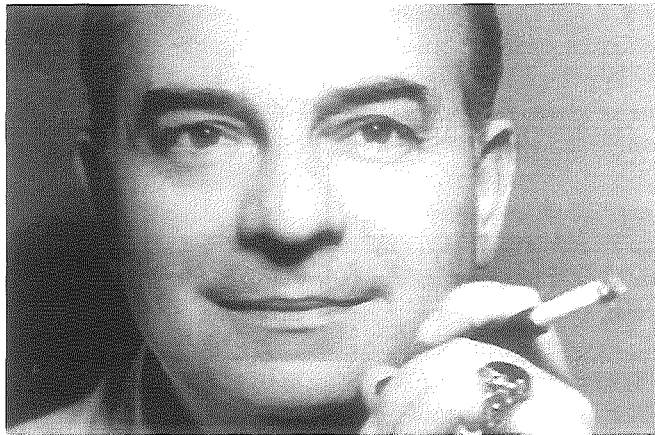
Bibliografía citada

- BUCKLEY, R. (2012): *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo. La biografía intelectual del gran clásico popular*, Barcelona, Destino.
- CABESTRERO, T. (1973): «Encuentro con Jiménez Lozano», *Ilustración del clero*, 66.1 [*cuaderno especial José Jiménez Lozano. Ensayo y novela al servicio (crítico) de la fe*], 18-32.
- CASTRO, A. y JIMÉNEZ LOZANO, J. (2020): *Correspondencia (1967-1972)*, ed. Guadalupe Arbona Abascal y Santiago López-Ríos, Madrid, Trotta.
- DELIBES, M.: «José Jiménez Lozano». Texto mecanografiado inédito escrito con motivo de la concesión del Premio Cervantes 2002 (12-XII-2002). Fundación Miguel Delibes, AMD, 93, 26.
- DELIBES, M. y VERGÉS, J. (2002): *Correspondencia, 1948-1986*. Barcelona, Destino.
- JIMÉNEZ LOZANO, J. (1965-1972): «Cartas a Josep Vergés», Biblioteca de Catalunya, Arxiu Josep Vergés.
- (1966): *Meditación española sobre la libertad religiosa*. Barcelona, Destino.
- (1967): «Carta a Jorge Guillén», 17 de abril. Biblioteca Nacional de España, Archivo Jorge Guillén.
- (1971): *Historia de un otoño*, Barcelona, Destino.
- (2003): «Por qué se escribe», *Anthropos. Huellas del conocimiento*, 200, pp. 85-101.
- LOUZAO VILLAR, J. (2017): «Un intelectual cristiano ante el Concilio Vaticano II», en *Política e intelectuales en la España del siglo XX*, coord. Antonio Manuel Moral Roncal y Antonio Cañellas Mas, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá-Servicio de Publicaciones, pp. 195-214.

XOSÉ MANUEL DASILVA / LA RESTAURACIÓN TEXTUAL DE LA LITERATURA GALLEGA CENSURADA POR EL FRANQUISMO

La censura franquista influyó en el curso histórico de las letras gallegas durante varias décadas de dos maneras determinantes, análogamente a lo que sucedió por la misma época en otros espacios de España. En forma de censura explícita perturbó gravemente con sus rígidas resoluciones, a menudo no exentas de arbitrariedad, la difusión franca de muchas obras, debido al control tan estricto que ejercía con obstinada perseverancia. Como autocensura, por otra parte, ocasionó que el proceso creador de abundantes autores se viese con frecuencia coartado por el clima amenazador que la represión dominante alentaba, hasta el punto de frustrar proyectos que, malogrados en el recinto de la imaginación, sufrieron sin remedio el infortunio de no ver la luz.

☞ Eduardo Blanco
Amor



Hoy en día, lo primero resulta menos complicado de demostrar, obviamente, que lo segundo, dado que no es lo mismo disponer de elementos tangibles de juicio que tener que remitirse a las declaraciones de los escritores acerca de sus desventuradas vivencias. Con respecto a la censura explícita, se observa de modo patente que la intervención de los censores no solo perjudicó a los textos coetáneos, sino que se extendió a títulos en ga-

llego que con normalidad habían circulado en etapas anteriores a la Guerra Civil. Dos significativos modelos son los poetas Manuel Curros Enríquez —clásico del llamado *Rexurdimento*, en las últimas décadas del siglo XIX— (Dasilva, 2009a) y Ramón Cabanillas —voz fundamental de las primeras décadas del siglo XX— (Dasilva, 2009b),

ÍNSULA 886
OCTUBRE 2020

16